

**UNIVERSIDAD COSTA RICA
CENTRO INVESTIGACIÓN EN IDENTIDAD Y CULTURA
LATINOAMERICANAS
CIICLA**

FROYLÁN TURCIOS EN EL REPERTORIO AMERICANO

Máster Elvia Ramírez Ramírez
Bibliotecóloga CIRCA-CIICLA

La revista costarricense *Repertorio Americano* es una publicación periódica que, bajo la dirección de Joaquín García Monge, circuló de 1919 a 1959. Es una revista cultural que se convirtió como nunca antes y tal vez como nunca después, en un elemento fundamental para la conformación del patrimonio cultural de nuestros pueblos y en una manifestación concreta de nuestra herencia cultural.

Se vivencia en ella, la búsqueda de las aspiraciones, los deseos y las ideas de varias generaciones de intelectuales y algunas figuras públicas destacadas del momento quienes encontraron allí un espacio para expresar los justos clamores de sus patrias: un auditorio, una fe, una esperanza.

Una de esas figuras reconocidas del *Repertorio Americano* fue un importante intelectual hondureño de principios del siglo XX, Froylán Turcios, quien nació en Juticalpa, 1875 y murió en San José de Costa Rica, en 1943.

Turcios fue un poeta, narrador, editor, antólogo, cuentista de finos rasgos preciosistas, periodista e, incluso, se desempeñó como ministro de Gobernación, diputado al Congreso Nacional y delegado de Honduras ante la Liga de las Naciones en Ginebra. Dirigió el diario *El Tiempo* de Tegucigalpa y fundó las revistas *El Pensamiento* (1894), *Revista nueva* (1902), *Arte y Letras* (1903) y *Esfinge* (1905) entre otras. En Guatemala editó los periódicos *El Tiempo* (1904) y *El Domingo* (1908) y en Honduras *El Herald* (1909), *El Nuevo Tiempo* (1911) y *Boletín de la Defensa Nacional* (1924).

Imbuido de las luchas americanistas, fue secretario privado del guerrillero patriota Augusto César Sandino en Nicaragua, y en el plano literario amigo de Rubén Darío, Juan Ramón Molina y numerosas figuras del pensamiento universal. Realizó una férrea labor de defensa nacional denunciando la política del Gran Garrote implementada por Estados Unidos en la región centroamericana y caribeña.

Sus textos en prosa, influidos por el italiano G. D'Annunzio, se caracterizan por la pericia en la trama, el valor exacto y a la vez ornamental de las palabras y los finales inesperados o impactantes que marcaron luego buena parte del género en América Latina.

A continuación, se presentan los textos de Foylán Turcios publicados en el *Repertorio Americano*.

Turcios, Froylán (1920). "Algunas páginas de Froylán Turcios". *Repertorio Americano*, 1(15), 228-229

VUELO IGNOTO

Alma, remóntate a las alturas inaccesibles, más allá de las nubes errantes, en los diáfanos éteres de zafiro.

Elévate sobre las cumbres en donde el águila negra afiló la metálica uña y en donde las rocas parecen de plata de tanto sentir el fuego del sol.

Sobre los mares y las cordilleras, sobre las muchedumbres y los desiertos, álzate en súbitos ímpetus y reposa serenamente en el aire constelado, en pleno olvido de las cosas que fueron.

Sube, asciende, libre de todo efímero lazo terreno ágil como un pétalo en el cerúleo espacio, cual mariposa encantada en la perpetua luz de los orbes.

Lejos del mísero soplo humano, del roce de las almas inferiores; fuera de la órbita de los pensamientos plebeyos y de los oscuros designios, traza a tu alrededor un amplio círculo resplandeciente en donde puedas gozar de la absoluta ilusión de la Belleza.

Corónate de átomos rutilantes. Perfúmate con el aroma de los siderales jardines. Embriágate con la música de los Universos.

Vuela, en la hora ambiciosa de la nocturna esperanza, con las alas quiméricas del sueño, hacia el ignoto arcano de los firmamentos... Y que el alba te sorprenda en tus éxodos mágicos en pos del Ideal, toda vestida de fulgores, con que puedas iluminar tu paso las penumbras de la Vida.

OASIS AMABLE

Los libros hicieron rebosar de tristeza mi corazón, torturando mi pensamiento. El análisis mató mis ilusiones y envenenó mis días. Ya en mi alma no se refleja la hermosura de las cosas, como las nubes errantes es el espejo de las fuentes.

Enfermo de saber y de cultura, vengo a tu agreste rincón ¡oh Menandro! a beber, bajo los tupidos ramajes, un sorbo de agua fresca.

Quiero reposar en paz en la penumbra de la selva, sobre la tierra silenciosa, lejos de la estéril sabiduría de los hombres.

Recostado en la verdura de los gramales, aspiraré el perfume de los céfiros, soñando en una Arcadia ignota, bajo los cielos de zafiros.

Y si me duermo, caerán, lentamente, sobre mi rostro inmóvil, las hojas secas...

LAS GARRAS DEL TIGRE

I

En la casa montañera resonaban terribles lamentos en la sombría noche de junio.

La alegre Juanita, de once años de edad, fué víctima de la bestial lujuria del bandolero José Garmendia (a) el tigre, que merodeaba por llanuras y serranías, marcando su huella con toda clase de infamias.

La pobre criatura fué asaltada por el feroz criminal a cien metros de la casa, en la vereda del *Ojo de Agua*. A sus agudos gritos acudieron la madre y las hermanas, pues los hombres no habían regresado de los tabacales de la vega. Pero llegaron tarde. El bruto —tras la vil satisfacción de su deseo —huía velozmente por entre los árboles.

Juanita yacía inmóvil sobre el sendero, con las ropas desgarradas, medio desnuda y cubierta de sangre. El bandido, en la exasperación de su Animalidad, y ciego por la resistencia, la golpeo horriblemente. Los ásperos dedos señalábanse en la blancota del cuello infantil y de las pálidas sienes mataban hilos de púrpura.

Apenas pudo decir el nombre de su verdugo, muriendo algunas horas después.

II

PASARON varias semanas. Los inspectores de policía temblaban ante la probabilidad de encontrarse con José Garmendia, y ninguno se atrevió a perseguirlo.

Era un temible malhechor, fuerte como un toro, ágil como el felino cuyo nombre llevaba, y de una crueldad sin ejemplo. Conociendo el terror que se le tenía, últimamente en la continuación de sus audaces atropellos.

Decíase que cruzó utilizábalo últimamente la frontera de Nicaragua, después de asesinar y robar a dos *achines* en la Cuesta de Azacualpa.

III

JUAN DIEGO, el menor de los hermanos de Juanita, y el que ésta más quería, cambió de carácter desde la tarde del horrendo crimen. Perdió su buen humor habitual y su pasión por el trabajo. Sumergido en un tenaz silencio, pasábase días enteros echado en la hamaca de gruesa cabuya o errando por los montes. Contestaba agriamente las preguntas que se le hacían, y, dominado por negra pesadumbre, olvidóse hasta de su novia, la muchacha más hermosa de la próxima aldea.

Con frecuencia dormía afuera. Tirábase en la frescura de las hondonadas y sorprendíale la aurora mirando la palidez de los luceros...

Era un mocetón moreno, gallardo y musculoso, de rostro arrogante y mirada profunda.

Una mañana de las últimas de septiembre desapareció de la montaña, Y nadie supo más de su paradero.

Su padre y sus tres hermanos le buscaron por todas partes, y tras inútiles pesquisas, creyéronle muerto.

VI

Pero una noche todos despertaron a los violentos ladridos de los perros. La familia se levantó sintiendo que alguien destrancaba la salida del patio.

En el instante en que abrían la puerta de la casa, Juan Diego apareció en el umbral.

Rodeáronle entre exclamaciones de júbilo. Parecía más alto y barbudo y sus negros ojos fulguraban.

—¡Padre!—exclamó, Aquí tiene las feroces garras de *El tigre*, a quien deje colgado de un roble en el valle de Jamastrán.

Y extrajo del saco de cuero que pendía de sus hombros dos objetos horribles y nauseabundos, ¡Dos manos hinchadas y monstruosas, peludas y negras, húmeda de barro y de sangre!

CONCEPTOS METALICOS

1.—Prueba en la adversidad el valer de tu alma. Y muere de miseria antes que derrochar una partícula del oro de tu carácter.... Sé avaro de ese tesoro divino.

11.—Que la serenidad de tus ojos refleje la paz luminosa de tu espíritu. Y que tus palabras encierren una verdad y una enseñanza.

111.—Pasa, limpio de conciencia, por el obscuro estercolero humano. Y si tu virtud atrae la envidia de los mediocres, sonríe piadosamente.

IV.—Práctica el bien sin esperar recompensa. Y olvida el insulto de los débiles. Pero si algún insolente poderoso te asalta en el camino, hazle conocer que tienes, bajo la sencilla apariencia magnánima, el ojo del águila y la garra del león.

SUPREMO ARTIFICE

¡Oh rimador! Conoces
el alma de la Lyra:
el milagro recóndito del verso,
los profundos valores de las sílabas.

Sometes las palabras
a tu poder despótico.
Como diamantes fulgen los vocablos
en tu ritmo sonoro.

Tu mano milagrosa
forja el pálido estoque florentino.
Y resplandecen misteriosas piedras
en la gama suprema de tu estilo.
Juegas con el sonido como juega
el malabar con su aro de colores.
Deslumbras con tu frase de relámpago
y su espíritu arrancas a las voces.

Te ofrendó su secreto
la portentosa musa de las cumbres,
que vive entre los vientos y las águilas,
viajera por las bóvedas azules.

¡Asciende por la escala luminosa
oh domador del Pensamiento! Tienes
ante tu enorme gloria

el rayo y las montañas de laureles!
¡Va tu alma desde lo ínfimo a los hondos
génesis de los soles errabundos:
desde las simples cosas al arcano
de los sagrados números!

PROYLAN TURCIOS

VISIONES DEL BRASIL

Olinda, vieja ciudad a quien vi en un atardecer de julio, toda vestida de tristeza. Soñé, mirándote casi envuelta en la noche, con tus conventos solitarios cubiertos de parásitas, con tus casas caducas exornadas de azulejos, con todas las antiguas cosas que guarda tu recinto.

En un tiempo muy vago, muy lejano, fuiste una florida capital, alegre residencia de nobles damas y valientes hidalgos. Muchos frescos retoños del jardín lusitano crecieron vigorosamente bajo tu sombra: Y junto al mar sonoro, bajo el límpido cielo, brillante en remotas épocas. Hoy apenas existes y te asemejas a esas inválidas octogenarias inmovilizadas sobre los sillones desteñidos. Todo dentro de ti parece muerto, Por tus calles, a la hora del ángelus, apenas se ve un transeunte claudicante, y tus conventos, llenos en el dulce antaño de lindas monjas, semejan enormes mausoleos, Yacen en los cementerios, bajo las bóvedas de las iglesias, convertidas en polvo, las jóvenes monjas de blondas cabelleras y de ojos castaños... Las monjas de talles ligeros, que cantaban con voz de cristal, los graves salmos litúrgicos; y que tenían las manos muy blancas y los labios muy rojos... Pasaron los años, pasaron los siglos... Olinda, vieja ciudad, a quien ví en un atardecer de julio toda vestida de tristeza.

Pernambuco.

II

RUA DO OUVIDOR

Rua do Ouvidor, calle de las sedas, de loa terciopelos y de las pedrerías deslumbradoras... Rua de ilusión, espejeante y majestuosa, llena de frágiles cristales y de telas que son telarañas de fábula...

Rua do Ouvidor, centro de las elegancias, poblada de levitas negras y de ligeros corpiños... Lugar de citas, de amor o de negocio, en donde las manos se estrechan rápidamente y las palabras con fugaces... Rumorosa colmena humana, exhibición brillante de banalidades, de objetos de lujo y de placer... Calle de la moda.

Pasa, taconeando nerviosamente sobre la acera, una esbelta dama de aspecto imperial. En su alto sombrero fulguran escarabajos tornasoles y lucen vivas rosas. Cruje la seda a paso, que es un pausado ritmo. Con su breve monóculo examina fugazmente los escaparates metálicos. Prosigue luego su marcha, sonriendo a los saludos, segura de su belleza. Calle do Ouvidor...

Un Shylock anquilótico, metido en un chaquetón de paño, dialoga con su avaricia frente a un complicado mostrador de inverosímiles bagatelas; y un mozalbete de extraña figura, con un enorme crisanthemo en el ojal y en la diestra un bastoncín de caña, mira con soberano desdén, sin un reis en el

chaleco, el muestrario de un gran bazar, en donde cada objeto efímero vale un saco de oro...

Pasa la jovencita que viene de la escuela. Viste un traje de claro matiz de gracioso corte, de tela económica; y lleva sobre la vivaz cabeza de pájaro como una concha de gasa, un sombrerito que es un primor... Pega la cara de rosa a los diáfanos cristales de joyerías. Y en sus ojos fulgen las luces del deseo ante las gruesas gotas de rocío de los diamantes y los granos de granada de los rubíes. Se estremece mirando las amatistas, que con cristalizaciones de violetas, y quédase inmóvil ante los celestes zafiros, ante los ópalos áureos y las perlas bermejas; ante los diamantes negros que parecen pupilas africanas, y ante las esmeraldas que son ojos de sirenas. Los brazaletes exóticos, los anillos raros, los collares de coral, apenas atraen sus miradas, que se clavan sobre las piedras de colores, yacentes en los estuches carmesíes...

La chicuela se aleja inspirando, todo trémulo su cuerpecillo de doce años... El desfile continúa en la calle deslumbrante... Y los pálidos anaqueles siguen atrayendo a las mujeres, deliciosas y banales criaturas, a quienes enloquecen las fútiles cosas que brillan... Como pupilas de pecado, las gemas tentadoras siguen turbando a las jóvenes que pasan...

Una morena sueña con un rubí, una rubia con un zafiro: y quizás mañana impelidas por su efímero anhelo, vendan el caliente rubí de su boca y el zafiro de sus ojos, por una piedra fría por un mísero cristal.

Río de Janeiro.

Froylán Turcios

_____ (1921). "El árabe pálido". *Repertorio Americano*, 2(12), 175.

EL ÁRABE PÁLIDO

EL árabe pálido de los ojos de eternidad extrajo de una mesa de sándalos un pergamino amarillento, y me dijo con voz grave:

—En recuerdo de la hora en que tú y yo nos encentramos en el rodar de los tiempos, podría darte algún objeto mágico, un amuleto simbólico, un perfume milenario... Pero vea que tu alma revuela serenamente sobre las cosas inmortales y espera de mi sabiduría un supremo milagro. Ofreceré a tu espíritu, amargada por el tedio, y conocedor sutil de los secretos del Arte, del Dolor y del Amor, la arcana *Leyenda del Olvido*, que Omar Khayyam de Naishapur escribió con su sangre en una noche de trágico horror, hace ochocientos años. Fuera de su discípulo Khvajeh Nizaim de Samarcanda, sólo yo conozco, por un azar extraño, este poema estupendo de sobrehumana armonía y de dolor inconcebible, ante el cual palidecen las profundas estrofas de los *Rubayatta*. Pero oye ¡oh amigo de la remota América, que has venido a visitarme en este momento crepuscular en que la inmortal Toledo parece resplandecer con las melancólicas luces de su pasado magnífico! Después de que conozcas esta página única sentirás una tristeza desconocida que ni la muerte logrará extinguir.

Y me leyó, marcando intensamente las sílabas melódicas, su traducción del asombroso canto en que solloza la angustia en la lejanía de los siglos.

¡Oh árabe pálido, descifrador de números divinos! desde aquella tarde imponderable del final de septiembre, todas las ideas y nuevas formas de expresión de los grandes maestros de Estilo me parecen inarmónicas y vanas... Fantasmas de pensamientos, sombras de palabras.

Toledo, España, obre., 1920.

FROYLÁN TURCIOS

_____ (1921). "Perfume del pretérito". *Repertorio Americano*, 2(13), 187.

PERFUME DEL PRETERITO

El pasado satura de misterio las cosas.
Todo en la lejanía tiene un extraño mérito.
Con su divino encanto las noches amorosas
perfuman para siempre la vida del pretérito.

El presente parece tan borroso y tan pálido
que teme el alma triste morir en él de hastío
y el recuerdo más leve se torna dulce y cálido
y deja en el espíritu un profundo vacío.

Músicas interiores con su ritmo disperso
en el vago crepúsculo que en el silencio arde
evocan del amor el ardiente universo
y sollozando mueren en la paz de la tarde.

Pensativo en la puerta del otoño florido
miro el día que nace como una sombra vana
y cruzo el jardín mágico del recóndito olvido
buscando inútilmente las rosas del mañana.

FROYLAN TURCIOS

Campos de Francia, agosto de 1920

_____ (1921). "Poemas de Cartago". *Repertorio Americano*, 2(13), 187.

POEMAS DE CARTAGO

I

EL PARQUE ENCANTADO

(Para el espíritu de
Rafael Ángel Troyo).

En la fría media noche era de un aspecto fantástico el parque solitario envuelto en la neblina:

Mi alma penetró en él como en un recóndito paraje de ultratumba, y avanzó por sus calles con la indecisa vaguedad de los sueños.

Una aureola de encaje argentino rodeaba los globos de luces color de amaranto, y apenas el largo suspiro del viento entre los árboles interrumpía el arcano silencio.

Sonó en mi corazón una melancólica voz de eternidad, grave y tenue como esas músicas inolvidables, evocadoras de lejanos amores; y un íntimo perfume de los mundos misteriosos saturó mi ser, llenándolo de imprecisas nostalgias y fúnebres desolaciones.

Ahora el sollozo del viento vagabundo se alargaba en mi espíritu como un hilo de lágrimas, como la angustia de un dolor sin término, como el adiós para siempre y el beso postrero en las riberas de la Muerte.

Amargo y tristísimo, como en los pálidos plenilunios, el rumor de los cipreses en los cementerios, era aquel gemir del viento; amargo como las penas irremediables; tristes como los últimos adioses.

...De súbito, doce veces vibró una campana en la lejanía. Y sus remotas vibraciones, en el silencio y frialdad de la noche, semejaban quejas agonizantes, rasgando las neblinas quiméricas.

Y, más allá de la vida, errabundo por los senderos, lúgubres como las avenidas de una antigua necrópolis; sonámbulo de sobrenaturales sueños, sentí que, bajo el sombrío encanto del paraje nemoroso, dentro de mi alma confusa mi pensamiento era un fantasma.

FROYLAN TURCIOS

Febrero de 1921.

_____ (1921). "La estancia silenciosa". *Repertorio Americano*, 2(16), 234.

LA ESTANCIA SILENCIOSA

Un grande amor desvanecido en la eternidad llena de sutiles perfumes la estancia silenciosa. En los altos espejos tiemblan misteriosamente las sombras de los cortinajes, y de las rosas marchitas en los blancos jarrones, y de los antiguos retratos casi envueltos en la penumbra crepuscular Minuto a minuto va disminuyendo la amarilla mancha de sol sobre las moradas alfombras. Como un vago dolor de ultratumba, de su remoto campanario llega un sonido grave y melancólico; y, al extinguirse, también se esfuma, lentamente, el último resplandor sobre los desteñidos muebles de la estancia... Y de la negra tiniebla parece que fuera a surgir el pálido fantasma de La dulce muerta, con los ojos trístimos, y con las manos infantiles castamente cruzadas sobre su seno.

FROYLAN TURCIOS

Cartago, Marzo de 1921.

_____. "Por la autonomía de Centro América". *Repertorio Americano*. (1923). 6(15): 217.

POR LA AUTONOMÍA DE CENTRO AMÉRICA¹

Conciudadanos

I. Se ha repetido, en diversos momentos históricos, que la Unión Nacional es la causa ÚNICA por la que se debe luchar y morir en Centro América.

Yo soy unionista por las ideas y por corazón. Lo he sido, con absoluta sinceridad, desde mi infancia: lo seré hasta que muera.

Pero hay entre nosotros una causa más alta que la Unión; más humana, más noble, más trascendental, más digna de ofrendarle la vida: la causa de la autonomía. Antes de unir debemos existir. Esta es la firme base de todo ideal patriótico. Lo demás es secundario.

II. .Solamente los ciegos de espíritu no ven la terrible amenaza que pesa sobre nuestra Patria—y cuando digo patria no me refiero a Honduras o a Centro América—; solamente pesimistas abúlicos, los compatriotas cogidos por criminal indiferencia, los que no piensan, los que no leen, que no viajan, los que no sondan futuro, no miran levantarse agresiva la despótica garra de hierro, abierta sobre nosotros desde la Casa Blanca de Washington, que de símbolo preclaro de la Libertad, se ha convertido, para las pequeñas nacionalidades del Caribe, en siniestro emblema de destrucción y de muerte.

III. Debo declarar ampliamente que mi campaña de autonomía no va contra el pueblo norteamericano sino contra sus Gobiernos imperialistas, contra sus clases dirigentes, contra sus banqueros rapaces. Dos veces he visitado los Estados Unidos, estudian su monumental progreso, su vasta capacidad civilizadora, su prepotente energía material, única quizá, en los siglos y en las razas. La formidable nación *que rectificó la Naturaleza partiendo el Continente*, y que ha conmovido al mundo con el estruendo de sus vapores y de sus máquinas y de sus fábricas; la tierra pujante del trabajo, sonando victoriosa como una hiperbólica colmena; tierra del invento y del milagro; metálica tierra sudando oro y petróleo; comarca de prodigio, resplandeciente en el apogeo de su gloria y de su poder, produjo en mí, apto para el perfecto juicio sobre los supremos esfuerzos de los hombres, un sentimiento de excepcional admiración.

IV. Por otra parte ¿cómo podré olvidar jamás, yo, que nací poeta hasta la íntima raíz del organismo, con una idiosincrasia propicia a todos los dolores y placeres de la meditación y del pensamiento; que he sentido intensificarse mis años dentro de esta luminosa vocación imperativa, que constituye mi vida entera; cómo podré olvidar jamás que en los Estados Unidos fulguró mágicamente el genio de Poe, el máximo poeta de las Américas, zahorí maravilloso, altísimo soñador de sobrehumanos sueños, que labró su obra en las negras canteras del Misterio y abrió una de las puertas de la Eternidad ante la angustiada incertidumbre humana; y el estro ciclópeo de Walt Whitman, férreo cantor de los vastos elementos, de los truenos y las montañas, del huracán y del mar; vértebra resonante de la Naturaleza, que con su salvaje energía puso voces proféticas en la garganta de los leones e hizo bramar las selvas y gemir en sus versos a las cosas inmóviles; y de Longfellow, impregnado de quimera y de melodía; y de Emerson, el profundo pensador; y de cien domadores de la palabra lírica o de la idea en sus matices múltiples, antiguos y modernos y contemporáneos, entre estos muchos que son mis amigos fraternales en la canción y en el ensueño?

Estos fuertes vínculos de cerebración y de espiritualidad me unen a una parte, quizá la de más valía, del complejo conglomerado norteamericano; y no es a ese número selecto, comprensivo de los verdaderos destinos de su raza, a quien iré nunca el más ligero de mis reproches; ni al pueblo de los Estados Unidos, sano y generoso en su gran mayoría, e ignaro de las drásticas agresiones de sus Gobernantes. No, no es al clásico país, de la libertad, a la República modelo que asombró al universo con sus sencillas prácticas democráticas, cuando la regían los inmortales varones que se llamaron Washington, Jefferson, Lincoln, a la que apostrofo, en nombre de la Justicia, sino a sus Gobiernos de los últimos lustros, que olvidando sus nobles tradiciones, se han convertido en feroces padrastrós de los pueblos débiles.

V. Ningún centroamericano en que vibre la más insignificante emoción de patriotismo, podrá reconocer jamás, el menor derecho, al Gobierno de los Estados Unidos, para inmiscuirse en nuestros asuntos internos. Si, desventuradamente, vivimos con el dicterio en los labios o con el rifle al hombro, destrozándonos como fieros enemigos, con la saña de los gallos de pelea esto sólo nos incumbe a nosotros y nada le importa de ello a ninguna nación extranjera. Que no se nos diga, cínicamente, que acude en nuestro auxilio por piadosa humanidad, pues lo cierto es que tal ayuda es interesada,

nacida de un instinto pirata. Y aun cuando no fuera así, sería ignominiosa para nuestro civismo y atentatoria para nuestra soberanía. Somos nosotros, solamente nosotros, los que debemos buscar el remedio a nuestros males de ambiente y de raza y no los extraños y los entrometidos.

VI. Tenemos el deber imperativo dentro de la amplia orbita del derecho y la libertad, de oponernos, con toda las fuerzas de nuestro patriotismo, la aprobación por el Congreso, no todos los Pactos de Washington, sino del que lleva firmas norteamericanas—que son humeantes marcas de fuego sobre nuestra piel de hombres libres— y de los artículos que, en algunos de los otros, laceran nuestra autonomía. He estudiado detenidamente esos pactos; y el peligro que encierran está claro, con transparencia diamantina, para todo el que no ciegue una pasión malsana. No entraré en su análisis porque son harto conocidos y tenéis de ellos el verdadero concepto.

VII—Leed la hermosa protesta del patriota guatemalteco Marcial Prem, documento digno de grabarse sobre la blancura gloriosa de los mármoles conmemorativos. Vivirá en los tiempos venideros el nombre de este ciudadano integérrimo, que con el calificativo de grande merece el aplauso vibrante de todos los hombres honrados de Centro América.

VIII. Improbando esos pactos nada habrá perdido Honduras. El temor de que con ello se incurrirá en el disgusto de los Estados Unidos sólo revela ruin cobardía ante los deberes sagrados que impone la Patria. No. Por el contrario, el servilismo atrae desprecio y negación de los derechos ciudadanos; y con un gesto digno, el nombre de la República se alzarán más alto en el criterio de los prohombres de aquel país. El mismo Gobierno temido nos apreciará un poco más, y en la Prensa y en el Senado norteamericanos, donde generosos y amplios espíritus velan por nuestra soberanía—dando una severa lección a los hondureños antipatriotas—encontrará seguro estímulo nuestro proceder. Porque no es a base de pusilanimidad que se forja el alma de las naciones; y porque todo acto de hermosura y de valor encontrará eco simpático en el corazón de los varones ilustres. Y, en todo caso, como dijo hace poco un notable periodista nuestro, «entre ofender a una nación extraña y traicionar a la propia nación, los hombres dignos deben pronunciarse por lo primero».

IX. Aprobando esos pactos—previamente formulados por la Cancillería del Norte—con el pretexto más fútil será colocada Honduras en la misma situación de oprobio en que se halla Nicaragua, nuestra hermana vencida y vilipendiada por la traición de sus malos hijos, y que de República sólo conserva el nombre... irrisorio.

Hace dos años que estuve en Santo Domingo, Haití, Puerto Rico y Panamá, los pequeños países en que se ha cebado implacable la codicia norteamericana. Pude comprobar en ellos hasta la absoluta evidencia, hasta el extremo de que ocultarlo sería un crimen, la crueldad sin ejemplo con que las fuerzas estadounidenses trataron, y aún tratan, a las tres primeras de esas infelices repúblicas, por el único delito de protestar contra el brutal atropello de territorio y de su libertad. Con palabras cínicas e insultantes carcajadas contestaban a las peticiones más justas. Hombres y mujeres, ancianos y niños, sufrieron las más viles ofensas de la soldadesca ensoberbecida. Flamantes oficiales, de despectivo gesto y venenoso corazón, como a perros hidrófobos cazaron a balazos a los negros en las montañas de Haití. En Puerto Rico se

vieron tremendas, atrocidades. En Santo Domingo se torturó a varios periodistas que atacaron audazmente el régimen salvaje de los conquistadores.

Podría hablaros días enteros, sin agotar el horrible tema, de los incalificables abusos y torpes violencias de que han sido y son víctimas aquellos míseros pueblos, aherrojados a un poderío extraño por el odioso imperio de la fuerza bruta, entre la criminal indiferencia de las naciones de nuestra raza.

En verdad los actos de piratería cometidos por los norteamericanos en Panamá y los asesinatos de policiales y destrucción de imprentas en Nicaragua— no olvidéis que el protectorado fué pedido por los Gobiernos de dichos países—son apenas insignificantes irregularidades si se comparan con los afrentosos calvarios que sufren aquellas islas en plena esclavitud. Pero ya serán todas colocadas, como los galeotes de los tiempos antiguos, en el mismo nivel de humillación y de dolor.

X. Cuando oigo ponderar los beneficios que obtendrá Centro América con la apertura del Canal de Nicaragua, una profunda tristeza se apodera de mi espíritu. Pensando con amargura, y con lástima, y con desprecio, en la increíble inconsciencia y en la negativa visión del Futuro de la gran mayoría de mis conciudadanos. ¡Quiera Dios que obstáculos más poderosos que la rapacidad y desatentada ambición del Imperialismo, y que sus vastos depósitos de oro corruptor, impidan, para siempre, la construcción del Canal de Nicaragua!

Porque... Nicaragua!

Porque... oído bien y no lo olvidéis nunca: cada golpe de barra en esa obra, para nosotros de falaz espejismo, será, en la concreción inmutable de los destinos de los pueblos, un día menos de libertad para Centro América.

XI. Y lo repito, no se crea, ni por un momento, que yo ataque, en ninguna forma al pueblo norteamericano; que, en compactas multitudes, protesta, en ocasiones solemnes, de la violación de las leyes de humanidad y de los crímenes internacionales ejecutados por sus mandatarios. Y no sólo las masas colectivas, fuertes por su volumen numérico, defienden, contra sus propios conductores, nuestra autonomía; sino egregios varones de fama universal en la Prensa, en el Senado en la Ciencia, en el Arte, en todas las alturas del Derecho, de la magnanimidad y del civismo. De aquí que yo prefiera, entre los oportunos textos que logro reunir para mi quincenario de propaganda autonomista, Hispano América, aquellos que calzan firmas prestigiosas de ilustres anglo sajones, que sienten profundas simpatías por nuestras jóvenes repúblicas, y en quienes arden, imperecederos, los supremos ideales de los padres de la Democracia en América.

XII. El Imperialismo del norte es un pulpo formidable, cuyos gigantescos tentáculos se alargan siniestramente sobre todos los países débiles. México lo ha detenido con su brazo heroico, acostumbrado a manejar con brío el rifle y el machete en los combates sangrientos en que no se da cuartel al invasor. México, llamado gráficamente el Centinela de la Raza tierra generosa del valor legendario en donde se castiga con la muerte toda traición a la soberanía, es la muralla incommovible que ha rechazado al pulpo en su voraz intento homicida.

Sin ese obstáculo geográfico hace mucho tiempo que constituiríamos una colonia norteamericana; y no estuviéramos aquí reunidos, todavía en nuestra condición de hombres libres, procurando desviar, con toda la fuerza de nuestro amor patrio, la terrible puñalada que, en la forma de algunos artículos, inofensivos, para los traidores, tiró el Imperialismo al corazón de Centro América,—sino en el destierro, llorando con lágrimas de sangre, las humillaciones y las desventuras de nuestra tierra esclavizada.

El conquistador de pueblos, el destructor de libertades, tiene los ojos de Argos, y su famélica zarpa se posa hoy en un punto, y mañana en un kilómetro cuadrado, y al otro día en toda la extensión de una comarca. Comienza por atrapar un dedo, sonriendo amistosamente; después la mano, luego el brazo; y enseguida, de improviso os echa la garra al cuello y os destroza sin piedad. Es multiforme, es un Proteo siniestro; y se aprovecha de todas las circunstancias, y de todos los errores de los pueblos que codicia. Juega con ellos, hipócritamente, como el gato con el ratón; les halaga, esperanza de libertad, les deslumbra con sus montañas de oro, y de pronto, de un golpe certero y terrible, les arranca las entrañas.

No deben jamás estas Repúblicas, por ningún motivo, darle prenda alguna, porque mañana se convertirá en la espada de Damocles. Si nuestros Gobernantes tuvieran más clara visión del futuro, no mandarían bequistas a colegios y universidades de Estados Unidos, porque muchos de ellos—no todos, pues pudiera citar excepciones honrosísimas,—se convierten en panegiristas de la fuerza opresora de aquella nación, en ciegos admiradores de su política, y, lo que es todavía peor en despreciadores de su patria por pobre y por pequeña.

Si lo que se sea es dar a nuestros conciudadanos educación práctica diferente a la que se recibe en países de nuestra raza, que se les envíe a Inglaterra, nación que no constituye una amenaza para nuestra autonomía y en donde forjan los hombres de negocios y caballeros.

XIII. Es tiempo ya de que se ponga término a las escandalosas concesiones de tierras, parcialmente acordasen favor de personas en lo general ávidas de hacer fortuna a toda costa; que se exprese, de manera terminante, que dichas concesiones no podrán nunca ser traspasadas a compañías extranjeras. Tal coma reza la ley mexicana.

XIV. Los hondureños que, sin ningún propósito de explotarlas personalmente, solicitaron y obtuvieron grandes extensiones de terrenos para venderlas al futuro conquistador, han cometido un delito de esa patria.

XV. Conozco algunos hombres pueriles en los cinco fragmentos centroamericanos, hombres pueriles ya contaminados con el veneno de la traición, para quienes todo nuestro porvenir colectivo está concentrado en los progresos materiales, en la transformación mecánica de estos países por medio del oro del Norte; sin darles importancia alguna a los grandes valores humanos, la soberanía, la libertad, el derecho, que estarán siempre, pese los malvados, por encima de toda finalidad grosera y egoísta. Desearían cambiar lo que nos es más caro, la autonomía de la República, por esos ilusorios adelantos prácticos de los que ni siquiera se beneficiarían. Pues las fábricas, y caminos férreos y compañías de vapores y construcción de ciudades y todo lo que constituye, en su base primordial, el progreso moderno, sería del conquistador. Y ¿qué ganaríamos, aún materialmente, aún olvidando el negro origen de la transformación, qué ganaríamos, por ejemplo con ver nuestras

perdidas tierras repletas de hombres rubios, con ver sustituidas las viejas casas humildes de Tegucigalpa por imponentes palacios de hierro, por fastuosas residencias de mármol, si no son nuestros, si del orgulloso magnate extranjero que a puntapiés hará arrojar de su puerta al mendigo hondureño que solicite un mendrugo?

XVI. ¡Qué haya paz!—gritan esos espíritus superficiales, aunque sea la paz de la muerte, la paz de la vergüenza pública, la paz del esclavo que no levanta la voz ante su verdugo, la paz humillante más oprobiosa mil veces que la más sangrienta de nuestras revoluciones. Que haya oro y paz desean esos miserables, aunque la autonomía patria se hunda para siempre en el más inmundo de los estercoleros; aunque los centroamericanos dignos vaguen como parias por los duros exilios, sin amor y sin hogar, escupidos y vejados por los sayones de la conquista.

XVII. Si el Congreso resolviera someter a un plebiscito los tratados que se discuten, y que constituyen el asunto más grave y trascendental de que han tenido conocimiento las cámaras hondureñas en el lapso de un siglo, tengo absoluta certeza de que serían rechazados con 999 votos por millar en la votación libre de toda la República.

Ese 1 por millar es el que pone un amargo dolor en mi corazón... ¿Cómo es posible que haya hondureños que deseen la muerte de Honduras como nación soberana? ¿Cómo es posible que anhelan para la madre, empobrecida y angustiada, el látigo del extranjero? Es doloroso, es horrible pensar en esto, compatriotas; pero es cierto, con certidumbre que espanta, que ya germina en nuestro país la maldita sernilla de la traición que tan tremendos frutos de oprobio ha dado en Nicaragua. Yo no pediría, en la serenidad de mi experiencia, como el griego legendario, que se ahorcara en la plaza pública a los convictos, plenamente, de traición a la patria. ¡No! Son nuestros hermanos, caídos en el más vergonzoso de los errores; pero aun pueden alzarse iluminados por la Verdad. Que abran los ojos, que abran el corazón endurecido antes de que el terrible mal sea irremediable; antes de que mancille nuestra tierra la ferrada bota del invasor, antes de que veamos nuestro amado pabellón azul y blanco abatido humildemente ante el orgulloso flamear de una bandera conquistadora.

XVIII. No permitamos semejantes ignominias. Levantémonos, en poderoso y unánime ímpetu, hoy, que aun es tiempo, en defensa de Honduras.

Sigamos, si así lo quiere el adverso destino, en nuestras abominables luchas fratricidas, antes que acogernos, mansamente, vilmente, a una paz afrentosa, al amparo de un pabellón extraño. Prefiramos, un millón de veces, nuestro atraso, nuestra abulia, todo lo obscuro de nuestro porvenir, a perder, por un fermentado progreso, el don supremo, el mayor y más inestimable de los dones, el divino don de la Libertad, gozado ampliamente en plena patria luminosa y bella.

Prefiramos un millón de veces —permitid esta hipérbole a mi patriotismo —prefiramos los más brutales déspotas en el Poder Público de Honduras; los Gobernantes más ladrones, y más estúpidos, y más sanguinarios, los peores entre los peores de los hombres, siendo hondureños, es decir, hermanos nuestros, al sedoso e hipócrita Gobernador norteamericano, de mano blanca y fina y enguantada, altanero y sonriente y despectivo en lo alto del palacio de hierro, imperando sobre manadas de

esclavos, sin honor y sin bandera..., y ya sin esperanza, ni la más remota, de rehabilitación en el mañana...

¡Antes que esto sucediera sería mejor que un súbito terremoto borrara del mapa en un pavoroso segundo, la tierra de Centro América!

Compatriotas que ocupáis asiento en el Congreso de la República, en esta hora suprema en el cuadrante de nuestro Destino; una grave responsabilidad pesa sobre vosotros: medita bien lo que hacéis. O autonomistas o traidores: así quedaréis señalados para siempre. Escoged. Os lo demando por lo que hay de más sagrado en el corazón de los hombres: no dejéis sin patria a las generaciones del mañana. No expongáis, por falsos mirajes, a nuestra querida Honduras, a ser pasto de la rapacidad extranjera. Evitando así que caigan sobre vuestros nombres—como caen y caerán sobre los traidores nicaragüenses—las tremendas maldiciones de la Historia.

XIX. Centroamericanos:

Enderecemos hacia las máximas alturas nuestras más vibrantes energías de hombres libres; execrando a los pesimistas antipatriotas, que carecen de vergüenza cívica; y uniéndonos con los fuertes, con los constructores de voluntad, con los varones íntegros por el valor y por el carácter. No pongamos jamás el más pequeño grano de arena en la obra oprobiosa que intenta levantar en nuestra tierra el invasor. No cometamos la infamia de tender el cuello para que nos remache la cadena del esclavo.

Si la artera Conquista avanza ciegamente sobre nosotros con su prepotencia arrolladora, que nos halle de pie, altivos sobre el pedestal de nuestro derecho; y que pase como un huracán de fuego, sembrando para siempre la muerte sobre nuestros campos y ciudades, sin que nuestras manos se tiendan implorantes y sin que marque nuestra conciencia el sello de la ignominia por haber cedido, en ninguna forma, a las dádivas malditas del invasor y haber pactado sobre la eterna ruina moral de nuestra Patria.

¡Abajo los Tratados, compatriotas!

¡Viva Centro América libre!

FROYLÁN TURCIOS

(Hispano-América, Tegucigalpa).

¹ Este discurso iba a ser leído (al discutirse, en último debate, los Pactos de Washington) en el recinto de la barra del Congreso o en el Parque Morazán.

_____ (1924). "Guarias del crepúsculo". *Repertorio Americano*, 8(18), 287.

GUARIAS DEL CREPÚSCULO

1

Eternamente — mientras palpите mi alma sobre la tierra—viviréis en mi memoria, como vuestros fulgores quiméricos, anocheceres de Cartago.

Os unís en mi espíritu al melancólico recuerdo de las guarias, que en esa hora profunda aromaron mis días fantásticos.

En la serena belleza del valle de Guarco, en la mansión de las nieblas errantes, frente al Irazú, moría yo le amor en mi última primavera florida.

Moría de intensidad feliz, y de encendido soñar, y de emoción sobrehumana, con el alma suspensa en lo infinito y con el pensamiento saturado de eternidad. Y todo se revestía ante mis ojos de formas irreales, de perfiles vagos, le misteriosas ensoñaciones,.. Lo móvil y lo inerte, el ser y el objeto, me daban la absoluta expresión de su sentido recóndito.

Y las voces amigas, y los encajes de las nubes, y la visión azul de las montañas, y el perfume de las guarias eran un mismo ritmo de placer y de música en la plenitud amorosa de mi corazón.

2

En la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, en lo rezos de la tarde, inmensos ramilletes de guarias de colores exornaban los altares. Languidecían en el recinto sagrado; y confundido con el del humo del incienso su olor evocaba el fúnebre olor de los cipreses y las imágenes del silencio y de la Muerte.

3

Guarias de Turrialba, de pétalos de color de oro antiguo, de amarillas sedas venecianas, que esparcís en la noche vuestro aroma de ensueño...: en grades jarrones os ví brillar en las estancias de los hogares venturosos.

4

Guarias blancas, de un sonrosado de rubor de doncella, de hojas amplias y suaves, que florecéis junto al mar: manos ducales que se os parecen, en canastas de frágiles mimbres cuidan de vuestra vida fugaz...

5

Pero las que yo amo sois vosotras, tiernas, primorosas, lánguidas guarias moradas, más humildes que todas, mas sencillas y más tristes...

...Os ví en las tardes frías de marzo, pródidas de inverosímil abundancia, cubrir en el monte las ramas de poró; balanceándoos en ligeras guirnaldas en los corredores de los suburbios; prendidas, como inmóviles

mariposas de amatista, sobre los senos cándidos y las cabelleras oscuras de las muchachas de los campos.

6

Guarias amarillas, sonrosadas y blancas, símbolos fragantes de la plácida vida familiar en la inolvidable tierra de Costa Rica: vivís en mí como si fuérais parásitas de mi corazón, adheridas a mis recuerdos como las yedras a los árboles...

7

Pero mi sentimiento más hondo, mi emoción más íntima es para vosotras, guarias moradas, humildes guarias del crepúsculo, Estáis estrechamente unidas a mis inmortales horas de amor en la mágica ciudad, a mis remembranzas y a mis ilusiones, a cada minuto de aquellos dulces días que jamás volverán...

8

Jóvenes amigos que suspirando mis versos me conduciréis mañana en vuestros hombros a la re-región de la perenne paz: no me prodiguéis tardíos elogios, ni con vanas palabras exaltéis mi obra y mi vida: no cubráis mi féretro de rosas purpúreas ni de románticos laureles. Ni lagrimas, ni oraciones, ni dolientes músicas Nada de homenajes banales, ni de fórmulas efímeras: sólo quiero sobre mi sepulcro un fresco ramo de guarias moradas.

FROYLAN TURCIOS

20 de julio de 1924.

_____ (1924). "Costa Rica". *Repertorio Americano*, 8(19), 300.

COSTA RICA

Es un país grato, libre, floreciente. Hay en su atmósfera—sobre todo en ciertas mañanas diamantinas—una suavidad optimista que invade ligeramente las almas.

Tierra de apacibles hogares, de ingenuas costumbres, de mujeres peregrinas. Balsámico rincón de Centro América, propicio al normal placer, a la serenidad del pensamiento, a la paz del corazón. Conociendo este sedante paraíso se comprende la dolorosa nostalgia que enferma a los costarricenses que se ven obligados a emigrar.

—...Desde mi cuarto en lo alto de la esquina del Hotel Washington veo el Parque Central, colmado, en este claro domingo de febrero de 1920, de preciosos niños y de lindas jóvenes. La hora es fría, pero límpida. De las puertas de la catedral se desborda una muchedumbre pintoresca. Todo está impregnado de amor a la vida simple y fácil: todo sonrío al presente venturoso y al futuro inalterable.

FROYLAN TURCIOS

DIGNIDAD CÍVICA

Floreció en remotos tiempos un país admirable, pequeño por su dimensión geográfica, pero grande por sus virtudes patricias.

Un poderoso imperio pirata, que asoló el planeta, y que tendía su formidable red invasora desde el piélago ártico hasta las riberas legendarias del mar latino, invadió súbitamente con sus terribles legiones el pródigo paisecillo de los valles balsámicos y de los hombres libres.

Armado de todas armas, con la grosera altanería propia de su raza, llegó el conquistador a la capital, sumida en solemne silencio, y clavó su orgulloso estandarte en el más elevado de los edificios públicos. Casi al mismo tiempo se alzó un pabellón de luto sobre cada puerta, hasta la más humilde; y toda la ciudad se cubrió así de duelo, como si la muerte tendiera las alas sobre su recinto.

Nunca sus moradores cruzaron una palabra, ni un saludo, ni una mirada con los extranjeros. Las matronas y las doncellas, por espontáneo impulso, ocultáronse en el interior de sus mansiones; los niños y los ancianos rehuían la presencia del invasor, y hasta los perros aullaban coléricos cuando el intruso les tendía la mano. Desaparecieron en las montañas los campesinos y el país entero tomó un aspecto de horror y desolación.

Agotáronse inútilmente las órdenes drásticas contra la altivez silenciosa de aquel pueblo; se levantaron los negros patíbulos, corrió en rojos ríos la sangre generosa; y nunca se oyó una queja, ni un lamento, ni un grito demandando piedad.

Pasaron las horas tremendas y el civismo de la austera república se fortalecía y brillaba más y más con su propio ejemplo. Cada ciudadano, en la serena plenitud de la más noble emulación, se sobrepasaba a sí mismo en actos de sublime sencillez.

Y un día—celebrado después en los siglos con imperecedero esplendor—el ejército del vasto imperio, vencido por aquella altísima actitud de patrio orgullo y prócer dignidad, abandonó, en grave silencio, con las banderas recogidas, los campos y las ciudades del pequeño país y cruzó sus fronteras para no volver jamás.

FROYLAN TURCIOS

_____ (1925). "El último billete". *Repertorio Americano*, 9(17), 265.

EL ÚLTIMO BILLETE

El caballero de la Rue abrió el billete azul aromado de jazmín es el que la encantadora duquesa de Montbazos suspiraba aún su triste amor desde el umbral de la eternidad.

"Venid un instante, dueño mío. Dios me concede una hora fugaz para que pueda morir en vuestros brazos".

Con ademán negligente acercó la hoja frágil a la llama que irradiaba de un candelabro de oro, y siguió, durante algunos segundos, con una mirada sin expresión, el revolver de las negras cenizas que crugían en el silencio.

FROYLAN TURCIOS

Noviembre de 1924

_____ (1925). "Epitafio". *Repertorio Americano*, 9(19), 292.

EPITAFIO

María Enamorado,
Jovencita gentil,
cayó con el cerebro atravesado
por el plomo fugaz de un proyectil.

Reposa de la iglesia en el suelo sagrado

Y esto pasó en un día
viernes, cuatro de abril.

FROYLAN TURCIOS

Tegucigalpa
Abril de 1924.

PÁRRAFOS DE ORO

EL duque Luis de Orleans—que murió trágicamente en una calle de París—era un temible don Juan, terror de sus enemigos y aun más de sus amigos. Como el audaz amante de doña Inés, veíasele en el silencio de la noche asaltando jardines, escalando balcones, la espada al cinto, fuerte el brazo, fría la cabeza, sereno el corazón.

Hizo en la corte inapreciables conquistas. Y la mejor y más brillante fué la de una lindísima joven, casada con un bravo caballero en extremo celoso, que tenía a su mujer por un dechado de virtudes.

La dama era espléndida, de una blancura y morbidez incomparable.

Y una mañana, mientras ella se encontraba en el dormitorio de su nuevo dueño, llamó a la puerta el marido.

El de Orleans, sin inmutarse, desnudó a la bella sobre la cama, ocultándole únicamente la cabeza con una capota de terciopelo.

—Entrad, querido—dijo el seductor—y admirad conmigo el milagro inaudito de este cuerpo de diosa. Solamente os prohíbo descubrir su rostro.

El otro quedóse deslumbrado. Y su admiración estalló en frases de ardiente asombro.

La maravillosa beldad permaneció inmóvil, durante cinco minutos bajo la devoradora mirada de su marido, cuya voz ponía un ligero temblor en su seno.

El bueno del hombre le dijo a la joven, a la noche siguiente, mientras reposaba a su lado,

—Ví ayer, libre de todo ropaje, a la mujer más hermosa del mundo. Me la enseñó mi amigo el duque prohibiéndome únicamente que mirara su rostro, cubierto por un manto negro.

¿Os imagináis la emoción de la linda adúltera al oír tales palabras?

—De qué sirvió a Cicerón su insuperable elocuencia al apostrofar a Publio Claudio?

—Absolutamente de nada.

Aunque el asunto de que trato revestía singular importancia.

Publio, mancebo gallardo y valiente, se enamoró de Pompeya, esposa de Julio César, el vencedor de Farsalia.

Vestido de mujer, el referido Claudio penetró una noche en el palacio pretoriano, entre una turba de cantoras.

Pompeya, que era una damisela impúdica, le esperaba...

Al clarear el alba fué reconocido y echado a la calle a puntapiés, aunque él se defendió como pudo de los furores de la servidumbre.

Se le acusó y fué absuelto... a pesar del ataque verbal de Cicerón.

César, en tanto, sonreía...

FROYLAN TURCIOS

_____ (1927). "Cartas cruzadas entre el Gral. Sandino y Froylán Turcios".
Repertorio Americano, 15, (22), 341.

CARTAS CRUZADAS ENTRE EL GRAL. SANDINO Y FROYLÁN TURCIOS

Tegucigalpa, 19 de noviembre de 1927

Mi querido García Monge:

*Ruégole reproducirme en su importante Repertorio, esas dos cartas
que le incluyo.*

.....
Fraternalmente le abraza

FROYLAN TURCIOS

El Chipote, 24 de setiembre de 1927.

A Froylán Turcios.

Tegucigalpa.

Estimado amigo:

Puede estar usted seguro—y queda autorizado para hacerlo saber a Centro América, a la intelectualidad, a los obreros y artesanos y a la raza indohispana—que no depondré mi actitud hasta no arrojar de mi patria a los invasores.

Esté usted persuadido de que su pluma ha vibrado en el corazón de mi valiente ejército, así como en el mío, pues claramente deja usted reflejado su amor a la Patria. Por lo mismo sírvase aceptar nuestro fraternal agradecimiento.

Al mismo tiempo hacémosle presente nuestra condolencia por la muerte de su hermana y rogamos a Dios de todo corazón fortifique su espíritu y le dé resignación en tan acerbo dolor.

Nadie mejor que usted puede ser el fiel representante de nuestros sagrados derechos para defender la soberanía nacional, interpretados por su sano intelecto y por su grande amor a su tierra y a su raza, lo cual deja aquilatado al defendernos con todo el entusiasmo y virilidad de su pluma. La gloria en que está usted colocado nadie podrá arrebatársela porque sus enseñanzas de amor a la patria, expuestas en su verbo, fructifican en el corazón de la actual juventud, ávida de libertad e independencia. ¡Qué coincidencia! Antes de que usted me conociera por mi actitud e ideas, yo sentía predilección y afecto por usted, pues me entusiasmaba todo lo que su pluma escribía. Me sentía todo un hombre. Cuando llegue a esta edad estaba fortalecido por sus enseñanzas y quiero consolidarlas en la conciencia nacional con la sangre de los piratas invasores; sirviendo esta lección a la juventud centroamericana, como el prólogo libertario del débil contra el fuerte, y probar al mundo civilizado que el derecho de los débiles es más sagrado que el del

poderoso y si éste por su soberbia lo desconoce debe sellarse con sangre tal violación para castigar su osadía.

Me comprometo con usted personalmente por mi honor militar, en el sentido de que mi actitud no afectará en nada la estabilidad del gobierno de Honduras, ni los las demás hermanas repúblicas, pues mis actos sólo se ajustan a defender, con decoro propio de mi raza, la soberanía mi patria.

En tal concepto, no autorizo ni autorizaré a ningún jefe o soldado para que incursione en territorio hondureño.

Mi aspiración es rechazar con dignidad y altivez toda imposición en mi país los asesinos de pueblos débiles, a quien haré comprender que ha de costarles caro su delito, pues no hay ningún derecho que justifique su intromisión en nuestra política interna.

Estoy en vísperas de un sangriento combate contra los conquistadores y traidores.

Nicaragua no debe ser patrimonio de imperialistas y traidores y por ello lucharé mientras palpita mi corazón. Y si por azar del destino perdiera todo mi ejército que no lo creo, quede usted entendido, estimado amigo, que en mi arsenal de guerra conservo cien quintales de dinamita, que encenderé con mi propia mano; y el estruendo de este cataclismo se oirá a cuatrocientos kilómetros; y quienes lo escuchen serán testigos de que Sandino ha muerto; pero que no permitió que manos criminales de traidores e invasores profanaran sus despojos. Y sólo Dios omnipotente y los patriotas de corazón sabrán juzgar su obra.

Acepte mis agradecimientos, en nombre de mi ejército y en el mío propio, que desde el baluarte de los defensores del decoro nacional le enviamos de todo corazón.

Un saludo fraterno de su amigo.

PATRIA Y LIBERTAD

A. C. Sandino

==

Tegucigalpa, 11 de octubre de 1927

Señor General don Augusto Cesar Sandino

El Chipote.

Querido amigo Sandino:

Muy gratas sus cartas del 20 y 24 de septiembre último, que me fueron entregadas por persona de mi estimación y de mi afecto a pesar del escaso tiempo que tengo de conocerla. Este es un hombre, humilde y honrado y un sincero patriota, cualidades que para mí valen más que las mayores riquezas y que los más vastos talentos.

Me apresuro a expresarle mi gratitud por sus cordiales frases relativas a la muerte de mi hermana, mi verdadera madre, mejor dicho, y mi compañera de

letras y de luchas cívicas. Estoy convaleciendo del terrible pesar que sufrí con su pérdida.

Como Ud. habrá visto por el paquete de Ariel que le envié, he abierto activa campaña en su favor en las páginas de mi revista. En Honduras únicamente se oye mi voz proclamando su heroísmo; pero resuena en toda la República y en toda la América.

Llevada por la Fama, eco de su magnífica protesta, su acción vibra ya en el mundo.

¿Qué le diré de su actitud? Que es hermosísima, y que si la sostiene hasta vencer o morir, su gloria se alzarán en los tiempos más grande que la de Morazán. Este invicto guerrero luchó por reunir los jirones de su Patria. Ud. combate por su soberanía, que es lo esencial y básico; lo demás es secundario. Morazán murió por la Unión; Ud. morirá por la Libertad.

En la posición extraordinaria en que Ud. se ha colocado sólo le quedan dos caminos: arrojar a balazos de Nicaragua al pirata desvergonzado o perecer en la contienda.

Si Ud. logra sostenerse seis meses más frente a los conquistadores y traidores, quizás la soberanía de Centro América se habrá salvado; porque un poderoso movimiento de conciencia universal se está operando y tan tremenda fuerza moral obligará al imperialismo a retirar sus tropas de ese país. Dentro de los mismos Estados Unidos hay más de trescientos periódicos exigiendo al Gobierno que ordene la desocupación de Nicaragua; y esta generosa exigencia, que interpreta a los deseos del pueblo norteamericano, llegará al Senado en sus próximas sesiones.

Está Ud., pues, siendo el blanco del mundo entero. El nombre de Sandino resuena en los corazones de los patriotas de todos los países.

Yo le ayudaré eficazmente a que en Centro América, a pesar de la hostilidad de los gobiernos y de ciertas masas abyectas, sea conocida su actitud hasta en la última aldea.

Mis campaña de tantos lustros contra el yankee opresor; todos mis arduos trabajos por la completa soberanía de nuestras cinco repúblicas, encuentran hoy en Ud. una concreción potente, luminosa y resonante, Ud. pone en práctica, con la más valiente acción libertaria. mis más altos ideales de honor y patriotismo.

Me dice que desde muy joven sentía predilección y afecto por mí, y que está fortalecido por mis enseñanzas. Pues yo me considero orgulloso de Ud., y le envío con mi más noble entusiasmo, mi cariño y mi admiración.

Que Dios le ayude en su brillante campaña, transcendental para la Justicia y el Derecho.

Saludo, con ardiente simpatía, a su valeroso ejército. El constituye La Legión Sagrada y sus triunfos pasarán a la Historia.

Le abraza fraternalmente.

PATRIA Y LIBERTAD

Froylán Turcios

_____ (1928). "Con el correo". *Repertorio Americano*, 16, (23), 366.

Con correo de esta semana, nos llega una tarjeta de Froylán Turcios. Dice así.

In Memoriam

Tegucigalpa, 1.º de mayo de 1928.

Señor:

Tengo el honor de invitar a Ud. para que asista a la misa que se celebrará en la catedral, el viernes próximo, 4 de mayo a las 7 a. m., en sufragio de las almas de los abnegados patriotas que, en el primer año de lucha, cayeron gloriosamente defendiendo la soberanía de Centro América, bajo las banderas del héroe de la raza.

General Augusto César Sandino

Por su concurrencia a este acto piadoso de alto civismo, le quedará profundamente agradecido.

Froylán Turcios.

_____(1928). "Ariel y el imperialismo yanqui". *Repertorio Americano*, 17, (8), 116-7.

ARIEL Y EL IMPERIALISMO YANQUI

=De *El Cronista*, Tegucigalpa=

LEVANTO mi voz para que me oiga la América entera.

Atendiendo drásticas órdenes de Mr. Summerlín, representante del Imperialismo yanqui en Honduras, el Presidente Dr. Paz Barahona, en Consejo de Ministros, emitió un decreto inconstitucional, que está haciendo cumplir por la fuerza, para matar la Revista Ariel, única publicación de intensa propaganda contra el verdugo de nuestros pueblos; único grito de alerta contra el pirata en acecho; única acción de potencia moral cada día más pujante en pro de la soberanía patria y de los altos destinos de nuestra Raza.

Con perfecta verdad podemos asegurar que Ariel, por la suprema Causa que sustenta, es hoy la revista más conocida en el mundo de las que se editan en el Istmo. Circula desde Alaska hasta la Argentina, desde Rusia hasta Portugal, y en el norte de África, y en Asia, y en Oceanía. Recibe más de ochocientos canjes y su movimiento de correspondencia es quizá el mayor en nuestro país.

Me veo obligado a hacer estas explicaciones para demostrar que no es lo mismo suprimir cualquier periódico independiente por cuestiones vulgares de orden interior, que matar una revista cuyo nombre es mil veces más conocido que el de todos sus victimarios juntos; que no es lo mismo suspender una hoja de política local que reducir brutalmente al silencio a la única voz resonante en la defensa de las libertades patrias y de los cánones más elevados del Derecho, de la Razón y de la Justicia.

Sean todos nuestros compatriotas—y que esto produzca un intenso dolor en la conciencia de los verdaderos ciudadanos—que el Gobierno yanqui, por medio de su citado Ministro, es quien manda en la actualidad en Honduras. Sus órdenes son atacadas por nuestros hombres del Poder, aunque para ello tengan que violar descaradamente nuestra Carta Magna. Pero los que nos imponen esta negra vergüenza cargarán con la tremenda responsabilidad de su delito de lesapatria y tendrán que responder mañana al terrible cargo de estar mutilando la soberanía nacional con su servilismo sin ejemplo.

Son los gobernantes que se arrastran a los pies del yanqui altanero los que nos están remachando las cadenas de la más vil de las servidumbres; son ellos los que, por sus condescendencias criminales con los piratas anglosajones, están hundiendo nuestra autonomía en un abismo de abyección y de infamia. Y no se nos vengan en La Gaceta con editoriales majaderos y mal escritos: que donde quiera que respire un patriota su conducta ruin merecerá la más enérgica reprobación.

Todos los países de la tierra, inclusive los Estados Unidos, exaltan y aplauden la actitud de Sandino sin que sus gobiernos traten de impedirlo. Sólo el Gobierno de Honduras se ha puesto de parte de los sanguinarios conquistadores, en abierta y desvergonzada hostilidad contra el Ejército de Patriotas que defiende, con valor sobrehumano, la soberanía de Centro América.

Si el señor Paz Barahona leyera la prensa del Continente se informaría de la repugnancia y del desprecio que por este motivo se siente en el Exterior por nuestra patria y de los continuos y feroces ataques de que él es objeto por su conducta incalificable.

Las propagandas en favor del Héroe de la Raza se intensifican más cada día en todas las naciones, aún en la misma tierra centroamericana totalmente esclavizada por el yanqui. Sólo en Honduras se viola con cinismo la Constitución y se pisotea la libertad de la prensa para evitar esas generosas y patrióticas propagandas y se persigue a los sandinistas como criminales.

¿Ignorará acaso el señor Paz Barahona que la lucha contra el Imperialismo norteamericano constituye hoy un tópico universal y que en el propio imperio fenicio hay gran número de instituciones que combaten furiosamente al Gobierno pirata por sus groseros atentados contra nuestras infelices repúblicas? ¿Y que es ridículo, en grado supremo, por no decir una palabra más precisa y más dura, convertirse en enemigo personal del legendario Sandino, cuando el universo entero está asombrado de su epopeya fabulosa y hay más de cincuenta mil publicaciones que en todos los idiomas glorifican su nombre?

Los aviones imperialistas que cobardemente asesinan desde la impunidad de las alturas a los héroes nicaragüenses, y que aterrizan cada cinco días en El Toncontín, como en tierra conquistada, como si ya Honduras fuera una colonia yanqui, llegaron, con persistentes embajadas, a exigir que el Poder Público se echara sobre mí. Pero nada obtuvieron entonces. La gloria de la felonía que dió muerte a Ariel pertenece al señor Summerlin, quien debe sumarla, en su haber diplomático, a los recuerdos gratísimos que dejó en México. Es del caso anotar que ante el gesto autoritario y la voz imponente de ese tetrarca romano tiemblan como míseros niños sorprendidos nuestros políticos intervencionistas.

El odio africano que los individuos que integran el gobierno de mi país profesan al Libertador Sandino, y el drasticismo del citado Summerlin, constituyen las verdaderas causas del vil asesinato cometido en *Ariel*.

Debo manifestar a los ignorantes, o a los conscientes que se hacen los tontos por ingénita maldad, que el General Sandino, el 4 de mayo de 1927, no levantó el pabellón de la guerra civil en Nicaragua; que no lucha por lanzar del poder usurpado al traidor Adolfo Díaz. El Héroe de los Héroes—ante cuya altura moral son miserables pigmeos todos sus enemigos, inclusive los Coolidge, los Kellogg y demás sayones del Imperialismo—combate, en duelo mortal, por su Raza, por los eternos ideales de Honor y Libertad; lucha, en una terrible lucha de Independencia, por arrojar de su patria al cínico conquistador que afrenta su soberanía; que incendia, viola y asesina y envilece de mil maneras a sus conciudadanos. Pelea y peleará hasta morir, con la misma altísima y sacra bandera que empuñaron Bolívar, Washington, Morelos y Martí en las grandes epopeyas de la liberación americana. El, nada desea para sí. Ni el Poder ni el Oro le atraen. Al salir el yanqui de Nicaragua, depondría las armas, retirándose a vivir en un país extraño. Su gloria y su fuerza están en su Ideal, cumbre luminosa de su máximo espíritu. Únicamente los corazones envilecidos, las almas oscuras y protervas, los hombres manchados de execrable ignominia, son incapaces de sentir admiración por el gallardo paladín que honra a la Humanidad con su sacrificio inmortal.

Declaro con orgullo que mi mayor satisfacción es el profundo sentimiento cívico y el fraterno cariño que me unen, y me unirán hasta la muerte, al varón más ilustre en los anales de la Libertad contemporánea; a aquel cuya fama resuena como himno imperecedero en las más remotas latitudes. Considero como el más alto honor ser su Representante General, en el Continente; y es que *Ariel* le haya servido de órgano de su campaña gloriosa. Mientras tenga un hálito de vida contribuiré, con mejor eficacia a medida que los peligros se agranden, en cada minuto, en todo terreno, a su acción abnegada y heroica.

Pronto tendremos los autonomistas hondureños que rechazar en sangrientos combates al yanqui invasor que, con pretextos más o menos estúpidos, intentará colocarnos en la oprobiosa situación de Nicaragua. Entonces, cumpliendo su brillante programa de redención racial, Sandino ampliará su radio de combate y lo veremos en Honduras defendiendo como Supremo Jefe nuestra soberanía ultrajada.

Por lo demás, Ariel no morirá. No serán el capricho ciego y la delictuosa inconsciencia y la ruin traición quienes apagarán el fulgor de su ideal, su íntima energía patriótica, su clara visión del futuro. Sufrirá hoy—como en octubre de 1925, cuando destrozó el Empréstito de la Muerte—un eclipse momentáneo, bajo la acción de la fuerza bruta; pero como esos altos faros que en los piélagos tormentosos se apagan y vuelven a encenderse en las tinieblas de las noches, aparecerá de nuevo su luz en el instante del supremo peligro o del naufragio total de nuestra soberanía.

Froylán Turcios

Tegucigalpa, 5 de agosto de 1928

_____ (1930). "Turcios indignado". *Repertorio Americano*, 20 (2), 32.

TURCIOS INDIGNADO

Paris, 18 de noviembre de 1929.

Señor don Joaquín García Monge,
San José.

Circuló en periódicos de Centro América la noticia de que fui abofeteado en España, noticia que constituye una infame calumnia inventada por algún miserable.

Espero, de su alto espíritu, que se sirva rectificar, *en su gran tribuna de verdad y de justicia*, el magnífico Repertorio, aquella cobarde información.

Yo no soy de los que se dejan ultrajar.

.....

Froylán Turcios

_____ (1935). "Página inédita de Froylán Turcios". *Repertorio Americano*, 30 (18), 284.

= Envío del autor. Roma =

EL SELLO ETERNO

— Morir lejos aun de los veinte años!

—sollozó el agonizante—levantando los brazos con desesperación. ¡Morir cuando o nos amamos, cuando todo sonríe a nuestro derredor!

Temblando la jovencita le estrechó contra su corazón, bañada en lágrimas.

En el jardín reventaban las rosas y bajo el claro sol gemían suavemente las ondas del mar extendido a sus pies.

Tornóse lívida la faz del enfermo y sus ojos se entrecerraron.

—Bésame y júrame que me serás siempre fiel.

Ella lo juró al instante y le besó en la boca, húmeda de sangre, en el segundo en que rodaba sobre la yerba.

Pasaron los años y los lustros y la doncella no se casó jamás. Pues cuando, en dos o tres ocasiones, estuvo a punto de corresponder a las instancias de algún adorador, de lo más profundo de sus entrañas, subía hasta su boca el sabor de aquella sangre que selló su juramento.

Roma, 1934.

PERFUME DEL PRETERITO

¡Cómo evoco el dulce tiempo en que te conocí, mi pequeña Malena! Tenias entonces el pelo color de miel y en la última fiesta de la montaña te coronaron con guarias azules como reina del mayo.

Contabas apenas trece años; pero la esbeltez de tus formas, la curva de tu seno, la gracia de tu andar, anunciaban tu deliciosa pubertad.

Vernos en la alegre mañana de Pentecostés y amarnos fué lo mismo. Cuando salías de la rústica iglesia deshojé un ramo de jazmines a tus plantas, entre el asombro de tus amigas de la aldea. Y sólo al matiz delicadísimo del interior del caracol marino podría compararse la rósea llama que encendió tu rostro ¡oh alma mía!

Dos años duró nuestro amor, interrumpido por las tinieblas del sepulcro. . . Varias tardes, recostados sobre el césped amarillento, junto al río de aguas gemidoras, te conté la historia de Solveig, la virgen noruega, símbolo precioso de la sempiterna fidelidad.

—Yo seré tu Solveig—murmurabas— oprimiéndome en tus brazos y apagando en mi boca las palabras con tus besos.

¡Con qué dolor te recuerdo, mi querida Malena! Surge de lo recóndito de mi ser el sonido de tu voz, la tierna expresión de tus ojos dorados, tu leve perfume ambarino.

La vida pasó... Y tú me esperas, como Solveig, en una cabaña nemorosa del país de la muerte, cantando tu canción melancólica y coronada de guarias azules.

Jerusalén, agosto de 1934

Siéntome atraído, a través de los siglos, por el alma transparente de Rafael. Los treinta y siete años de su vida son otros tantos escalones luminosos por los que asciende a la inmortalidad. Su genio, su potencia única para crear la belleza, se nivela con su sobrehumano espíritu, en donde todo es grande, puro y armónico. Fué un joven dios magnífico y benévolo, atado a la tierra por los fuertes lazos del arte y del amor. Quizá no haya existido un ser más perfecto, en que se aunen los dones más egregios con las virtudes más preclaras. Llegó casi al límite en que la cumbre de la vida toca ya con la región de lo sublime y en que el destino del hombre se depura de toda miseria para transparentarse en claridades eternas.

Ví, entre Pesaro y Perusa, la inolvidable ciudad de Urbino en que nació el viernes santo de 1483. En otro viernes santo murió en Roma en 1520. Tuvo por maestro a Pedro Vanmucci llamado el Perugino. El célebre arquitecto

Bramante fué su tío y a su protección debió el no hallar obstáculos en su ruta. A los veinte años viose admirado por Julio II, el gran pontífice del Renacimiento, quien le hizo pintar las estancias del Vaticano. Su fama brilló en seguida, atrayéndole la amistad del Ariosto, del Aretino y de otros ilustres personajes de aquel tiempo. Trabajó más de dos lustros sin descanso, como si presintiera su fin prematuro. León X, Julio II, los más poderosos príncipes, cardenales y magnates, asediábanle con sus peticiones de obras para sus museos. Adulábanle, perseguíanle a todas horas; y de aquí el extraordinario número de sus frescos y lienzos. Trescientos volúmenes se han escrito sobre su vida y sus obras, en los que campean críticas acerbas y altísimos elogios de eximios escritores y técnicos de arte. Compáranle algunos con Miguel Ángel, disminuyéndole ante el creador de las terribles imágenes de la Capilla Sixtina y de tantos frescos de sobrenatural grandeza. Otros le colocan por encima de todos los pintores que han existido, y a ellos me sumo, después de conocer las obras de ambos genios y de agotar la lectura de los libros en que se les estudia. En mi concepto, Miguel Ángel ocupa el trono entre los máximos escultores y Rafael el de la pintura de todos los siglos. Como tipos de selecta humanidad no cabe entre ellos comparación posible. El Sanzio poseyó un espíritu más diáfano, más tierno y generoso, en el que no germinaba ningún sentimiento equívoco o rastrero. Todo en él tendía hacia las ideales alturas en intención y voluntad. Su optimismo fué el de un niño jugando a plena luz en un jardín encantado. No conoció el dolor sino en el último instante al decir adiós al placer de vivir, en los brazos de la Fornarina. ¡Envidiable muerte! Se extinguió como la onda de un viento balsámico, con la emoción del postrer beso, con el bello rostro hundido en el seno de su amada.

Encuentro singulares similitudes entre Rafael y Mozart; y más aún entre el carácter y temperamento de Rafael y Percy Bishey Shelley, peregrinos de la belleza por rutas diversas. Hombres: casi divinos, encarnan, en verdad, el símbolo de Ariel en su paso fugaz por el mundo.

Roma, noviembre de 1934

_____ (1935). "Amoroso tesoro". *Repertorio Americano*, 30 (18), 284.

AMOROSO TESORO

Pequeña caja de marfil pulido
donde avaro conservo mi tesoro,
de más valía para mi que el oro
que el más rico rajah tenga escondido.

Nunca el gélido polvo del olvido
su dorado matiz volvió incoloro
y así el objeto singular que adoro
refulge por el Tiempo embellecido.

Me acompaña en el éxodo errabundo
que trazó mi destino por el mundo
y consuela mi eterno desencanto.

En su fondo de blando terciopelo
con sus cartas de amor guardo el pañuelo
que al despedirnos recogió su llanto.

Roma, 1934